

Anne Akrich

Kylian



AdN

Anne Akrich

Kylian

Traducido del francés por Juan Arranz Muñoz

AdN

Título original: *Kylian*

Primera edición: enero de 2026

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Gallimard, Paris, 2025

© de la traducción: Juan Arranz Muñoz, 2026

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-25-5

Depósito legal: M. 19.637-2025

Printed in Spain

*Para Abel, mi hijo, mi bebé, mi pajarito,
mi tigre, mi ardillita, mi arca de Noé*

Da igual lo bueno que seas; nada te garantiza que vayas a triunfar, porque necesitas algo más. Es triste, ¿no? Pero necesitas algo más. Necesitas una mentalidad a toda prueba, porque de un día para otro —y no hablo por hablar ni porque sí— todo puede irse al traste, así que hay que estar preparado.

KYLIAN MBAPPÉ

Otoño

Estimada clienta:

Confiamos en que su próxima novela avance a buen ritmo, porque, en lo que respecta a su situación económica, nos tememos que esta se halla en un punto crítico.

Su cuenta bancaria presenta ahora mismo un descubierto alarmante; en caso de que no se tomen las medidas necesarias para subsanarlo, nos resultará imposible evitar que su nombre aparezca en la lista de ilustres «fichados» por el Banco de Francia. Toda una consagración, sin duda, pero muy distinta de la que quizá tenía usted en mente.

Quedamos, por supuesto, a su disposición para reunirnos en persona, a ser posible antes de que la trama se deslice hacia una tragedia financiera en varios actos.

Atentamente,

Su asesor bancario

Estimado señor del banco:

Le escribo en respuesta a su amable misiva, mediante la que se me informaba del estado «crítico» de mi cuenta bancaria. Permítame compartir con usted una perspectiva histórica que le ayude a tomar —al menos así lo espero— la distancia necesaria para afrontar la presente situación.

¿Sabe usted que los vestigios más antiguos de vida en la tierra —fósiles microscópicos, minúsculos residuos de vida in-crustados en rocas sedimentarias— se remontan a 3800 millones de años? Imagínese que condensamos ese lapso de tiempo en un solo año: la vida terrestre apareció el día 1 de enero y hoy es 31 de diciembre a medianoche. Según esta escala, los dinosaurios se han extinguido la víspera de Navidad y nuestra especie no ha llegado hasta las 23:18 de la noche de Fin de Año. El inicio del calendario cristiano ha tenido que esperar a las 23:59 y 40 segundos. En otras palabras, la historia de nuestra civilización cabe en unos pocos segundos, los últimos del año.

De modo que, si nos regimos por este prodigioso calendario cósmico, mi descubierto actual no es más que una ínfima mota de polvo temporal, apenas perceptible en la inmensidad del universo. Por tanto, y siempre en función de esta perspectiva celeste, con toda humildad le solicito que se me concedan algunos segundos más —digamos tres meses— para poner orden en ese vasto océano financiero.

Como escritora que soy, mis ingresos están sujetos a fluctuaciones de una violencia comparable a la de los cataclismos geológicos, por lo cual no siempre resulta fácil controlar los vaivenes artístico-financieros. A pesar de todo, le ruego que tenga por segura mi voluntad de encauzar la situación lo antes posible.

Sin nada más que añadir por el momento, le agradezco su preocupación, señor del banco, y me despido atentamente.

El escritor y el dinero

Antes de abordar los porqués y los cómo, no tengo otro remedio que dar un rodeo por el cuánto.

En contra de la creencia popular, el problema más acuciante al que se enfrenta el escritor no es el estilo, sino el dinero. No es la lengua, sino la pasta. De manera a menudo hiriente e incluso sangrante, la espinosa cuestión de la plata nunca abandona a quienes se dedican a escribir, hasta dejarles el cuerpo dolorido por las contracturas y también por las facturas. Dicho esto, yo no podía culpar a nadie más que a mí misma. Nadie —ni un admirador tocado del ala ni un profeta de la novela definitiva— me había puesto nunca una pistola en la sien al grito de «¡Escribe libros ya o te liquido!». Nadie de mi entorno veía en la literatura otra cosa que un gran follón en el que perderse. La absurda idea de ejercer ese estúpido oficio la había tenido yo solita. Ser escritora. Una vocación, una conquista, una condición, un placer y una condena, todo a la vez. Una experiencia inmersiva en la insaciable sed de reconocimiento que se esconde tras la pasión por las palabras.

Si estamos de acuerdo con Kafka en que un libro debería tener el mismo peso que la muerte de un familiar, las novelas que yo había escrito hasta entonces solo podían equipararse a un accidente sin importancia, un esguince, una artrosis. Quedaban en el olvido nada más publicarse y, mientras tanto, yo

seguía esperando mi momento, el de la novela de madurez y la septicemia fulminante. Por desgracia, todavía ninguna funeraria se había visto desbordada tras la extracción mediante fórceps de mis retoños de papel. Lo que yo hacía no causaba efecto alguno en los demás; únicamente podía presumir de estar cavando mi propia tumba con cierta brillantez. Rodeada de una total indiferencia.

Nada: eso era, poco más o menos, lo que ganaba con mis libros. Así que me vi en la obligación de buscar otras fuentes de ingresos. Tenía hambre y sed. El dinero: he ahí la gran cuestión de la literatura. ¿Cómo arreglármelas para comer sin dejar de garabatear? Haciéndome *ghostwritora*.

Superviviente del Holocausto, científico, emprendedor, rapero, pianista, campeón de equitación, negociador de la policía, cocinero, actor... Me atrevía con todo, daba igual cuáles fueran esas vidas-que-merecen-ser-contadas, esas experiencias-que-deben-compartirse, esos ejemplos-de-lucha-y-resiliencia. Responsable a título personal de un tercio de la deforestación planetaria, era yo misma quien asesinaba los árboles a sangre fría para hacer libros que también acabarían en la trituradora.

Aceptaba los encargos más grotescos con masoquista satisfacción. Cuanto más descabellado era el proyecto, más generoso sería el anticipo y más devaluaba yo mi propio trabajo. Me apropiaba por un tiempo del tema y me convertía en una impostora, una «entendida»: ese era el nuevo nombre de los que no tenían ni idea de nada pero hablaban como si lo supiesen todo.

Entre mis proezas se contaba la escritura, a la sombra de un destacado experto en ecología, de un libro sobre la biodiversidad que acababa de salir y se estaba abriendo paso en las listas de los más vendidos. Me volví una especialista de la vida en la tierra en tiempos inmemoriales, lo cual me capacitaba para responder de manera científica a mi asesor bancario. El

tejido de la vida no tenía secretos para mí, como tampoco las eras geológicas, las extinciones masivas, las epidemias y la alteración de ecosistemas provocada por el ser humano. En uno de los capítulos que habíamos escrito hallé un reflejo de mi situación que me afectó especialmente: el «teorema de las islas Kerguelen». Antes de 1772, fecha del descubrimiento de las islas, había en esas tierras australes una especie de planta muy peculiar, la *Azorella*, que convivía con las coles, los albatros, los pingüinos y los elefantes marinos. Desde las bodegas de los barcos llegaron, sin quererlo, los ratones y las ratas. Que se comieron los huevos de las aves. Después los hombres introdujeron, queriéndolo, el conejo, destinado a servir de alimento para los posibles naufragos. Los conejos se propagaron y se zamparon todas las plantas. Así que la genial mente humana se dijo: «Ya lo tengo, vamos a llenar esto de gatos para contener la plaga de conejos y ratas». Pero qué va, los gatos hicieron lo que les vino en gana y, en lugar de dedicarse a la tarea que se les había encomendado en las islas, prefirieron tomarla, ellos también, con los pájaros. Así fue como la biodiversidad acabó patas arriba. Por la mano del hombre y sus ocurrencias.

Del mismo modo absurdo e incomprensible para el sentido común, también yo estaba desbaratando la lógica de mi existencia. La escritura de esos libros bajo cuerda me convertía en prisionera de insensatas ecuaciones: escribir libros para ganar el dinero que iba a permitirme escribir libros que no me permitirían vivir.

En mi ordenador siempre había varias carpetas abiertas. Tres proyectos de libros de *ghostwriting* —*Historia íntima del turismo*, *El campeón del mundo de MMA*, *El trance terapéutico*—, varios libros «míos», que publicaba con mi nombre

más o menos cada tres años, y mi declaración de la renta. Esta última, a pesar de no poder considerarse como un proyecto propiamente dicho, sí atestiguaba varias cuestiones fundamentales: que yo era una mujer divorciada, que tenía un hijo y que ganaba dinero. Un dinero que debía consignarse en la casilla «Derechos de autor».

Dado que no había conseguido convertirme en una escritora de talento o, mejor aún, en una escritora de éxito, me había convertido en una mujer que escribe.